

Rechazo a la estigmatización Reacción guajira

Socorro
Ramírez



Hay indignación entre los guajiros porque sienten que desde el interior del país se los identifica con ilegalidad y barbarie, y se desconocen sus iniciativas para hacerles frente a problemas que los aquejan. 'Pesadilla de la nación', denominó Weidler Guerra en *El Heraldo* a esa proyección de miedos y prejuicios capitalinos sobre las fronteras.

Rechazan la vinculación automática que suele hacerse entre el delito de algún indígena y su pertenencia étnica, extendiendo así la responsabilidad del hecho a toda su comunidad. Además, rechazan el menosprecio del fuero indígena porque no recurre al encarcelamiento y prefiere una justicia restaurativa y restitutiva, que obliga al culpable a reconocer y pagar el daño infligido.

Les irrita que se equipare a La Guajira o a los wayús con

la actuación de grupos irregulares (Farc, 'Rastrojos' y 'Ura-beños'), que aprovechan la corrupción, mantienen alianza con políticos y aumentan los secuestros y la guerra por el control de contrabandos como el de gasolina. En el puesto fronterizo de Paragachón, los wayús han protestado y pedido protección porque se les interfiere la importación de combustible de Venezuela, que cuenta con autorización binacional, y se les impide la circulación por un territorio que han utilizado ancestralmente para llevar y traer rebaños y comercio entre Riohacha y Maracaibo.

Frente a los problemas que existen en la frontera con Venezuela, líderes locales han tomado diversas iniciativas. Por ejemplo, formularon una propuesta para que La Guajira y el Zulia construyeran una zona de integración fronteriza similar a la que intentaban poner en marcha Norte de Santander y el Táchira. Pero la tensión entre Chávez y Uribe anuló esos esfuerzos.

Ahora intentan formalizar los lazos con el Caribe, que han sido estigmatizados y re-

ducidos a contrabando. Esos nexos existen desde antes de la Colonia y se vieron reforzados cuando, en el siglo XIX, judíos sefarditas que huían de la Inquisición se asentaron primero en Curazao y luego en el Caribe colombiano, como lo mostró recientemente por Telecaribe una emisión de la *Expedición al Gran Caribe*.

Son tan intensos los vínculos entre estas dos zonas que, a mediados del 2011, el primer ministro de Aruba preguntó a historiadores y arqueólogos: "¿Cuál es el territorio americano con el que tenemos más nexos geohistóricos y culturales?". La respuesta fue unánime: La Guajira. Comenzaron, entonces, mutuas visitas hasta llegar a un memorando de entendimiento. Próximamente, La Guajira y Aruba formalizarán esos nexos e intensificarán diez ejes de cooperación. También la Cancillería colombiana firmó un acuerdo con Aruba y el Plan Fronteras para la Prosperidad refuerza su acercamiento a estas comunidades.

Las alcaldías de Riohacha

y Oranjestad se han declarado ciudades hermanas y aspiran a concretar el intercambio de profesores y estudiantes, documentales y publicaciones, cursos y exposiciones, festivales y misiones comerciales. Ya hicieron eventos como 'La cocina importa' y 'Europa se reúne con las Américas', con el fin de impulsar negocios que generen empleo guajiro a partir de proyectos económicos con el Caribe holandés.

Además de ingresos, los guajiros requieren que las regalías del carbón, gas y sal ayuden a atender necesidades básicas, como agua potable, acueducto, alcantarillado, planta desalinizadora, riego de cultivos en zonas áridas, cuya solución sería más difícil si se hubiera desviado el río Ranchería para extraer más carbón.

En lugar de estigmatizar o ignorar a La Guajira, Gobierno y medios capitalinos harían mejor papel acompañándola en los esfuerzos por enfrentar sus retos y apoyando sus iniciativas dirigidas a dinamizar los nexos con Venezuela y las islas caribeñas.

Sí paga la clase media Los ricos no pagan impuestos

Stefano
Farné*



Gobierno y medios capitalinos harían mejor papel acompañándola en los esfuerzos por enfrentar sus retos y apoyando sus iniciativas para dinamizar los nexos con Venezuela y las islas caribeñas.

Hace unos pocos años el magnate norteamericano Warren Buffett denunció que pagaba en impuestos solamente un 17,4 por ciento de sus ingresos, cuando para cualquiera de las otras veinte personas de su compañía, incluida su secretaria, la carga fiscal variaba desde el 33 al 41 por ciento y la media era del 36 por ciento.

En el 2012, el príncipe Carlos de Inglaterra ganó unos 22 millones de euros, de los cuales entregó al fisco un 24 por ciento por concepto de impuesto a la renta. Una tarifa muy inferior a la de sus choferes y camareros, que tuvieron que destinar un 36 por ciento de sus salarios a pagar impuestos.

¿Cómo hacen los magnates y los reyes para pagar menos que sus dependientes y súbditos? ¿Evaden impuestos? ¡Claro que no! Por curioso que parezca, la ley se lo permite y el secretario real nos explica cómo: "El príncipe descuenta todos los gastos personales como gastos de representación de su trabajo de heredero del trono". E, igual que a los príncipes, la ley concede el mismo tratamiento a los altos gerentes y propietarios de empresas. Para ellos, las bonificaciones y los pagos de numerosos gastos de consumo (arriendo, teléfono celular, computador, automóvil, comidas, viajes, etc.) son fuente importante de ingreso no gravado que se contabilizan como costos de sus empresas. O reciben gratificaciones y dividendos que gozan de un benévolo régimen tributario. De otra forma, ¿cómo lograrían sobrevivir Mark Zuckerberg, el director ejecutivo de Facebook y todos los altos directivos de Google, por ejemplo, que solo reciben un salario de un dólar (¡uno!) al año?

Ahora bien, si los pobres es justo que no paguen impuestos y los verdaderamente ricos pueden reducir sustancialmente los suyos, ¿quién termina llevando la mayor carga tributaria directa en un país? Pues la clase media, es decir, los asalariados de ingreso medio-bajo que no tienen suficiente poder en la empresa para negociar gratificaciones salariales y los trabajadores independientes cuyos negocios no alcanzan una escala suficientemente grande para conformar una compañía. Naturalmente, Colombia está a tono con la moda y la reciente reforma tributaria ha agrava-

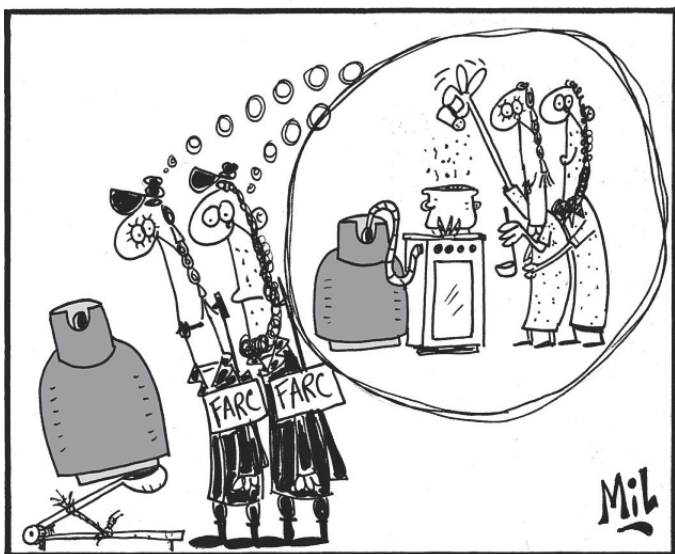
do las cosas. Antes de la Ley 1607 del 2012, a los declarantes de impuestos les era posible deducir unos costos típicamente relacionados con las aspiraciones de vida de la clase media: la salud de la familia, la educación de los hijos y la compra de una casa. Ahora estos descuentos, aunque siguen en el papel, en la práctica son restringidos por el Impuesto Mínimo Alternativo Nacional (Imán), cuya base gravable no permite deducir nada de lo anterior.

En cambio, ahora se pueden restar los aportes obligatorios a seguridad social, los retiros de los fondos de cesantías, unas indemnizaciones, pagos o pérdidas relacionadas con alguna calamidad, además de los aportes obligatorios a seguridad social pagados en favor de un servidor doméstico, los pagos catastróficos en salud en el exterior y los dividendos y participaciones recibidos por el contribuyente. Estos tres últimos ítems parecen favorecer, otra vez, solo a los contribuyentes de ingresos más altos, que van al exterior a curarse, contratan una empleada de servicio y cuyos ingresos comprenden comparativamente menos salarios y más bonificaciones y dividendos.

En fin, muchos dudan de que la reciente reforma tributaria lleve a una mejor distribución del ingreso en Colombia, pero si esto efectivamente se alcanza se hará a costas de la clase media. Proporcionalmente a sus ingresos, los ricos de verdad no pagan impuestos en EE. UU., Inglaterra o Colombia.

* Observatorio del Mercado de Trabajo y la Seguridad Social, Universidad Externado de Colombia

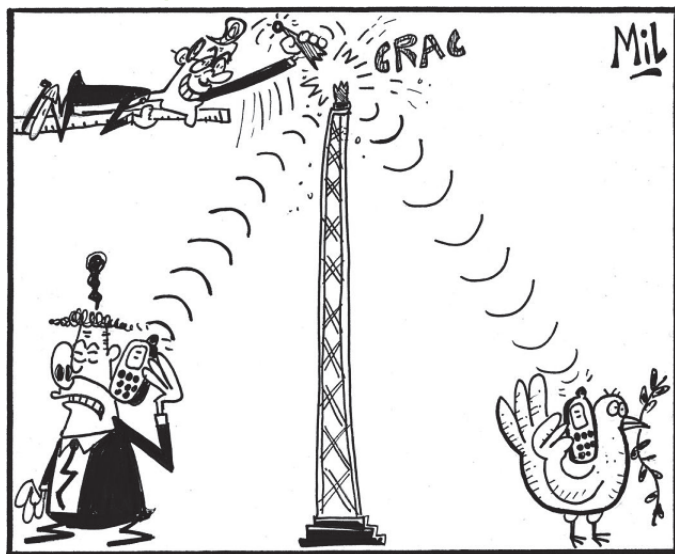
Pensando en el posconflicto



A proteger la nueva especie



Molesto por caída de llamadas



Otro partido pa'l plato



LOS TEMAS EN LA WEB

CATARSIS HISTÓRICA. UNA COSA ES CÓMO NOS VEN; OTRA, CÓMO NOS VEMOS LUEGO DE EVITAR VERNOS MUCHO TIEMPO. **JORGE RESTREPO**

www.eltiempo.com

SOLO LA CANALLA EN COLOMBIA, QUE TAMBIÉN SE ENQUISTÓ EN EL MUNDO LITERARIO, PROTESTA POR EL MERECIDO RECONOCIMIENTO AL POETA DEL CAUCA HORACIO BENAVIDES. **FABIO MARTÍNEZ**

www.eltiempo.com

El grafiti Las paredes lloran

Adriana
La Rotta



Nueva York. Los grafitis han estado en las primeras páginas de los periódicos de Colombia en las últimas semanas, pero no me voy a referir a la lamentable muerte de un joven grafitero colombiano en Miami, ni a la posibilidad de que haya sido producto de la brutalidad de la fuerza pública. El gobierno colombiano, y con toda la razón, ha exigido que se investiguen las circunstancias de esta trágica muerte.

Pero sí quiero hablar del grafiti, una manifestación que es al mismo tiempo causa y consecuencia de deterioro social y urbano, y que, en una especie de confusión mental que me cuesta entender, es saludada como símbolo de modernidad en Bogotá.

Bogotá—para quienes viven allá y por lo tanto no tienen la necesaria perspectiva— está plagada de grafitis o como

quiera que se llamen los kilómetros de paredes cubiertas con murales apocalípticos e incoherencias escritas en letra burbuja, que se imponen sobre una ciudadanía ya agobiada por la dureza de la ciudad.

Más que el nuevo y reluciente aeropuerto El Dorado o la conclusión (por fin) de las obras de TransMilenio en la calle 26, lo primero que uno nota cuando vuelve a Bogotá es el avance inexorable de las pintadas, cuyo significado es tan oscuro como el color de los toscos trazos de que se componen.

Que un grupo de individuos considere que su derecho a la libertad de expresión es tan importante que debe imponérselo a millones de conciudadanos es arrogante y equivocado. Pero que la epidemia del aerosol avance en medio de la indiferencia cívica, la apatía de las autoridades y la exaltación en los medios de comunicación es inexplicable.

Cuando digo exaltación de los medios me refiero, por ejemplo, a un cierto Bogotá Graffiti Tour creado por un australiano y que, según él

mismo relata en un artículo de prensa, es posible gracias a las diosincrasias de nuestra capital: "Mientras en Europa o Estados Unidos te pueden cobrar multas millonarias, arrestar y marcar tu expediente personal de por vida, aquí lo peor que puede pasarte es pasar un día en la UPJ, pero no queda en tus antecedentes", explica el idealizador del tour. Y agrega: "Creo que la Policía de Bogotá tiene peores problemas, y si tienes la mala suerte de encontrarte con alguno no muy amigable, muchos de ellos simplemente reciben un pequeño soborno y te dejan seguir con tu trabajo".

Como lo explica nuestro elocuente guía oceánico, el grafiti florece en Bogotá por la misma razón por la que existe respeto por el espacio público en otros países, y es que a quien desobedece le cae todo el peso de la ley. Acuerdos y decretos han tratado de reinar sobre el caos del aerosol, estableciendo lugares en donde se permite el arte callejero. Pero esa es una solución que no es solución, porque no se mete con el nexo entre el

graffiti y la transgresión. Nuestra Atenas no es, por supuesto, la única urbe que padece la plaga.

La proverbial belleza de ciudades como Río de Janeiro y Buenos Aires desapareció hace rato bajo una capa de mensajes incoherentes, creados por personas con nociones seriamente distorsionadas de lo que es y lo que no es arte.

El fenómeno parece ir en aumento también en varias capitales de este país, como Los Ángeles, Nashville, Denver y Portland, y sería mucho más evidente en Nueva York si no fuera por el rigor de las autoridades y por los ciudadanos, que no dejan que las pintadas se queden a vivir en las paredes y las fachadas combatiendo con disolvente su insidiosa presencia.

Obvio que en el conjunto de los problemas que aquejan a Bogotá, la marca indeleble de nuestros 'artistas' callejeros no ocupa los primeros lugares de la lista. Pero algún lugar deberían ocupar, porque, tal como se ve hoy la ciudad, las paredes no hablan, sino que lloran.